

taría llamar la atención acerca de la experiencia vívida en la descripción gráfica y musical de algunas partituras, que nos permite acercarnos a la actividad creadora de sus autores.

El libro que Octavio Santa Cruz presenta constituye un ideal al que no siempre puede aspirar un Historiador de Arte, el de ser actor en su propia disciplina profesional a la vez que beneficia al objeto de su vocación, acercándolo al público y colocándolo en el lugar de privilegio que merece, desde un sólido conocimiento y una profunda comprensión. Por la vocación que ha demostrado, confiamos que esta obra, pionera en su género, sea un proyecto que continúe porque es un campo de investigación amplio que requiere ser valorado desde la reflexión profesional seria de un maestro. (Martha Barriga Tello)

Instituto de Investigaciones Lingüísticas, INVEL. *FABLA*. Año II, N° 2, Lima, 2003.

Desde *Sphinx*, pasando por la revista *Letras, Escritura y Pensamiento y Patio de Letras*, en los últimos años se han publicado dos importantes revistas vinculadas al quehacer lingüístico: *Lengua y sociedad* del CILA dirigida por Gustavo Solís y desde el 2002 la revista *Fabla* dirigida por Isabel Gálvez, esto explica la continuidad en la reflexión lingüística que se desarrolla en nuestra universidad.

*Fabla* es de esas revistas que se caracteriza por la sobriedad, el buen gusto editorial y el desarrollo de propuestas, amén de una escritura limpia. El número dos de *Fabla* estructura los intereses que esta revista desarrollará en adelante, cuatro secciones que acusa la revista: “Amerindia”, “Hispánica”, “Literaturas orales”, y “Latina”; además de las consabidas notas.

El número, en ciernes, trae trabajos de Alfredo Torero, Isabel Gálvez, María Isabel Ginocchio; en lo que se refiere a Amerindia. Aída Mendoza, Gertrud Schumacher y María del Carmen Cuba comparten el trabajo “El sistema verbal castellano de

Cabana” que corresponde a Hispánicas. Antonio Gálvez Ronceros propone una lectura de relatos orales en torno al pacto con el diablo y cuyos textos incluye, va en la sección Literaturas Orales. En Latina aparece el trabajo de Dora Bazán, “La enseñanza del latín e identidad sanmarquina”.

Este número sin duda será de consulta necesaria porque rescata para la comunidad académica el casi inaccesible ensayo “Los dialectos quechuas” de Alfredo Torero. En este ensayo el recordado maestro hizo su propuesta de zonificación y “delimitó geográficamente” la diversidad dialectal de la lengua quechua y clasificó las hablas modernas en dos grupos amplios, quechua I y quechua II. Hay que recordar que este trabajo de Alfredo Torero había sido publicado en *Anales Científicos* de la Universidad Agraria hace 40 años, y por la restringida circulación se convirtió en un ensayo de acceso sólo para iniciados.

María Isabel Ginocchio nos propone una introducción al sistema flexivo verbal del quechua del Huangascar, texto inspirado en su tesis de licenciatura y en la que se hace una fina presentación del sistema flexivo verbal. Sugerentes son los trabajos que realizan Humberto Masgo y Ana María Gisper, nos recuerda “La lengua es mucho más que un simple código de signos, ella es fruto de una historia, un proceso de transformaciones que enriquece o matiza los significados”, nos entrega un listado de 20 entradas, una de las cuales, debería ser consulta obligatoria de nuestros teóricos culturalista que acusan la categoría alteralidad, me refiero a la entrada “alter (otro)”.

Resulta de particular interés el trabajo de Isabel Gálvez Astorayme, “Evidencia quechuas en la onomástica de Supe-Caral”. Sin duda uno de los trabajos más atentos de la Dra. Gálvez y en el que, en efecto, demuestra su condición de catedrática del quechua, distinción que la Universidad de San Marcos le ha otorgado. Atenta, ordenada y hurgadora de fuentes, concibe las toponimias en el marco del desarrollo arqueológico en la hoy conocida Caral, por ello indaga las fuentes quechuas que estructuran la toponimia de esa zona, ra-

zón por la cual recurrirá a las fuentes primarias y a su trabajo de campo para establecer cómo se han elaborado los toponímicos. Isabel Gálvez demuestra cómo los antropónimos simples y derivados o compuestos tienen una raigambre quechua. Lo propio ocurrirá con los topónimos, en el que introduce una variante que son los topónimos híbridos en los que el quechua y castellano o castellano y quechua se combinan para dar lugar a nuevos topónimos *La Cayana* en el que se relaciona un artículo (la) con una lexía quechua (Cayana), “lugar de llamamiento, de invocación” y que actualmente designa a un “canal de derivación”. No puedo dejar de anotar su propuesta sobre la lexía *Caral* que deriva del quechua “*quara*, ‘penca’, ‘cabuya’, ‘maguey’ y –al ‘abundancia’”, que designa al “Centro poblado, zona arqueológica” y cuyo significado postulado es “Lugar con abundancia de penca, cabuya o maguey”. Es, pues, uno de los textos más sugerentes.

Podemos imaginar a *Fabla* como el espacio para la conversación sobre el “útil placer de investigar las palabras” (Ana María Gisper-Sauch), la infatigable manera de indagar sobre las lenguas que se hablan y escriben en nuestra sociedad, de hoy y de ayer. (Gonzalo Espino Relucé)

**CHÁVEZ, Juan Manuel.** *La derrota de Pallardelle. (La edad del olvido)*. Fondo editorial de la UNMSM / Antares. Lima, 2004.

Antes de presentar la novela *La derrota de Pallardelle* de Juan Manuel Chávez, no puedo dejar de reflexionar a propósito de la “presentación”: ¿qué es?, y ¿qué decir? La palabra “presentación” deviene del verbo “presentar” que en términos generales significa “mostrarle una cosa a alguien”, en otras palabras, “ponerla en su presencia”. Sospecho que si procediera de este modo no habría necesidad de entrar en el universo narrativo de la novela; por tanto mostraré la novela ocultándola, es decir, tratando de hacer imperativo o urgente un encuentro con ella.